

La Constitución del Universo¹

El átomo fluído

La necesidad primordial de la Humanidad, es la de la verdad.

CLEMENCE ROYER

I

La CONSTITUCIÓN DEL MUNDO, de CLEMENCIA ROYER, es una de las obras más originales y de más alcance que han sido escritas sobre los problemas de la ciencia moderna y, particularmente, sobre los misterios del Cosmos. Sin embargo, este trabajo admirable es casi desconocido aun en Francia. Muy voluminoso, muy profundo, lleno de fórmulas y demostraciones matemáticas, el libro de Clemencia Royer se dirigía sobre todo a los sabios. Pero los sabios, en su mayoría, se negaron a estudiarlo, a discutirlo o siquiera á leerlo. La tristeza que causó al autor esta cruel indiferencia de sus colegas hacia una obra que es realmente prodigiosa y que representaba veinte años de trabajo asiduo, obscurió los últimos años de esta mujer extraordinaria, a quien la posteridad hará ciertamente justicia.

Algún tiempo antes de su muerte, me manifestó la esperanza de que, un día, alguno de sus discípulos emprendiera la tarea de vulgarizar sus trabajos, sus teorías, sus descubrimientos, y encontrara en el pueblo la simpatía y el aliento que la ciencia oficial le negaba. Varios hemos sido los que hemos hecho conocer, en periódicos franceses o extranjeros, algunas de las enseñanzas de la gran mujer o que las hemos aplicado a la solución de las cuestiones que nos preocupaban: en Bélgica, el ilustre profesor Jules Félix; en Méjico, el gran naturalista Alfonso Herrera; en Francia, los hermanos Albert y Alexandre Mary, Georges Renaudet, el doctor Foveau de Courmelles, F. Schrader, Emile Hureau,

Emile Caffin, Serge Bernard y, sobre todo, Aristide Pratelle, quien no ha cesado de defender las ideas de Clemencia Royer en muchas Revistas —científicas o sociológicas— de Francia y del extranjero. He ahí por qué Aristide Pratelle era el llamado a realizar la obra de vulgarización anhelada, obra más necesaria hoy que nunca, en momentos en que la Metafísica, volando en socorro de la Religión acorralada, hace un asalto formidable a la Ciencia, cuya bancarrota definitiva pretende establecer, negando descaradamente las conquistas del pasado y quitándole el derecho de proseguir sus investigaciones, a menos de consentir en adaptar sus conquistas futuras a las exigencias de un dogma sobrenatural, impuesto por las autoridades de la Ciencia Oficial.

A los que quieren reaccionar contra esta tiranía, que es un ultraje a la razón humana, será de gran utilidad el trabajo de popularización de Aristide Pratelle. Por eso he aceptado con entusiasmo y con ardor la invitación a colaborar, con algunas líneas de prefacio, a la obra, tan hermosa como útil, de un amigo que amo y de un sabio que admiro.

TARRIDA DEL MÁRMOL.

II

El átomo fluído de Clemencia Royer, por la tendencia a la expansión total de su ser, por su rebusca constante de la felicidad, del equilibrio de la libertad, es la afirmación más brillante del «querer vivir» y el punto de partida de una filosofía nueva definitivamente opuesta al escepticismo y a las «negaciones de la voluntad».

¹ Traducimos los siguientes trozos por encargo particular del sabio amigo Pratelle. No emitimos opinión personal.

E. J. R.